



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

EL ARTE PERUANO Y SUS POSIBLES RELACIONES CON CANARIAS

TEXTO DE LA CONFERENCIA DESARROLLADA ANTE EL INSTITUTO
DE ESTUDIOS CANARIOS EL 7 DE AGOSTO DE 1943 POR EL
ILTMO. SR. DIRECTOR GENERAL DE BELLAS ARTES

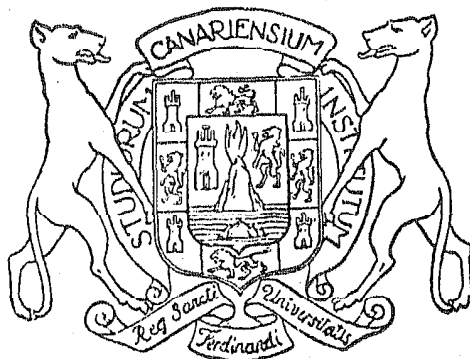
MARQUÉS DE LOZOYA

PRECEDIDO DE LAS

PALABRAS DE SALUTACION

PRONUNCIADAS EN EL MISMO ACTO POR EL ILMTO. SR. DIRECTOR
DEL INSTITUTO Y PRESIDENTE DE LA DELEGACIÓN DEL CONSEJO
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS EN LAS ISLAS
CANARIAS

DON ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES



LA LAGUNA DE TENERIFE

1944

SEPARATA DE
TAGORO
DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
Núm. I 1944

IMP. A. ROMERO.-TENERIFE

Invitado por el Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, llegó el día 30 de junio de 1942 a nuestra isla, en visita oficial, el Director General de Bellas Artes, Marqués de Lozoya. La estancia de don Juan de Contreras entre nosotros sirvió para que la hospitalidad tinerfeña manifestara su júbilo en agasajar a este embajador extraordinario de la cultura patria. Las jornadas espirituales de aquellos días quedarán en la memoria de todos como expresión del noble afán de los coterráneos en mostrar al ilustre viajero sus mejores tesoros espirituales y de la delicada hidalguía del visitante para valorizar aquellas manifestaciones culturales, enriqueciendo con sus sagaces juicios el acervo de los conocimientos que los canarios tenían de su propio arte, especialmente de las obras maestras escultóricas que atesoran las islas que deben su identificación al Marqués de Lozoya, su innegable descubridor.

Las jornadas tinerfeñas del Marqués de Lozoya se caracterizaron por la simpatía que presidió todos los actos celebrados en aquellos días, así oficiales como privados. El Marqués de Lozoya visitó los centros dependientes del Ministerio de Educación Nacional, recogiendo sus necesidades y haciéndose eco de sus aspiraciones, siendo particularmente valiosa su intercesión respecto de las obras de la nueva Universidad de La Laguna. Mención especial merecen las actividades desplegadas por los centros culturales tinerfeños en homenaje suyo: el Concierto extraordinario de la Orquesta de Cámara de Canarias, en el Teatro Guimerá, dirigido por el Maestro Santiago Sabina y teniendo como números singulares el «Concierto en Do», para dos pianos y orquesta, de Bach y el «Aria» de Haendel, para dos pianos, ejecutados magistralmente por lo que a este instrumento se refiere, por Maruja Ara de León y Antonio Lecuona, éste Director del Conservatorio; la Exposición privada en el Círculo de Bellas Artes, seguida de una sesión literaria, de obras de los artistas locales; y la exhibición de bailes típicos, en la Masa Coral Tinerfeña, figuran entre los principales.

Por su parte, el Marqués de Lozoya recorrió incansable la isla entera, sus ciudades y caseríos, admirando sus bellezas naturales y su riqueza artística. Santa Cruz de Tenerife, La Laguna, las ciudades del Valle y las del Norte, hasta Buenavista, recibieron su visita. Subió don Juan de Contreras a las Cañadas del Teide, partiendo de La Laguna y atravesando el pinar de La Esperanza, para descender por Vilaflor y seguir por Granadilla y la carretera del Sur hasta Candelaria y la Capital, donde se alojaba. Visitó también Las Mercedes, deteniéndose en el estratégico mirador de la Cruz de Afur, para contemplar el maravilloso panorama que desde este punto se divisa, para bajar por San Andrés hasta la Capital de la isla. Toda la riqueza de panoramas que

ofrece la isla de Tenerife fué degustada despaciosamente por el exquisito poeta que es don Juan de Contreras: contempló la estampa ubérrima del Valle de la Orotava y la austera parquedad de las tierras del Sur; se recogió en sí mismo en la imponente soledad de las Cañadas y se detuvo ante la gracia de los paisajes de la costa, recortados por la blanca espuma.

Pero el Marqués de Lozoya no fué sólo un viajero de exquisita sensibilidad impresionada por los bellos paisajes, sino un historiador del Arte que sentía el goce de ratificar o corregir sus conceptos apriorísticos a la vista de las obras originales de Luján o de Estévez, de quienes tenía noticia anterior, o la intensa emoción del hallazgo al descubrir la huella de una gubia maestra en las esculturas religiosas que le eran mostradas. Así Tenerife supo, de labios suyos, que el San Diego que Icod atesoraba en su Parroquia era una obra indiscutiblemente de Pedro de Mena, a la altura de su famoso San Francisco existente en Toledo, siendo del taller de este artista varias esculturas del mismo retablo; que es obra de Alonso Cano el San Francisco expuesto a la veneración en la Parroquia de Buenavista y que la maravillosa escultura en alabastro representando a San Pedro, de la Parroquia de Vilaflor, es obra de Diego de Siloé. Bastaría esta simple enumeración, a la que hay que añadir una Concepción que debe atribuirse a Alonso Cano y que se custodia en Las Palmas (Lozoya visitó durante tres días Gran Canaria, regresando a Tenerife) para valorizar la trascendencia que esta visita, por otros muchos conceptos afortunada, ha tenido para Tenerife y el acierto de su Excmo. Cabildo al invitar a la prócer personalidad de que nos venimos ocupando a realizarla.

El interés que la visita del Excmo. Sr. Marqués de Lozoya despertó en los medios culturales tinerfeños, alcanzó su punto culminante en el acto organizado por el Instituto de Estudios Canarios, cuya celebración tuvo lugar la tarde del 7 de agosto en el paraninfo universitario, con la asistencia de las primeras autoridades y de un numeroso público que excedía de los límites del local, agrupándose en las amplias galerías inmediatas. Presidieron el solemne acto, con el Presidente de la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en las islas Canarias y Director del Instituto don Andrés de Lorenzo-Cáceres, el Magnífico y Excmo. Sr. Rector de la Universidad de La Laguna don José Escobedo y G. Alberú; el Excmo. Sr. Gobernador Civil de Tenerife y Jefe Provincial de F. E. T. y de las J. O. N. S. don José Clavero Núñez; el Excmo. Sr. General Gobernador Militar de Tenerife don Ildefonso Navarro Villanueva, que ostentaba la representación del Excmo. Sr. Capitán General de Canarias; el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Tenerife Fray Albino González y Menéndez-Reigada; el Excmo. Sr. General Jefe de la Artillería de esta Capitanía General Marqués de Torre-Hoyos; el Sr. Presidente de la Excm. Mancomunidad Interinsular de Santa Cruz de Tenerife don José Maldonado

Dugour; el Sr. Presidente del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife don Fernando Beautell Meléndez y el Alcalde accidental de La Laguna don Domingo Bello del Castillo. También ocuparon asiento en el estrado presidencial los Ilmos. Sres. Decanos de las Facultades de Derecho, Ciencias y Filosofía y Letras, Dres. don Eulogio A. Villaverde Moris, don Jesús Maynar Duplá y don Elías Serra Ráfols, respectivamente, el Director del Instituto de Enseñanza Media de La Laguna don Agustín Cabrera Díaz; la Directora de la Escuela Normal de Maestros doña Isidra Ochoa de Renshaw; el Director del Colegio Politécnico de La Laguna don José Rodríguez Febles; el Director del Instituto de Enseñanza Media de Santa Cruz de Tenerife y Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas don Juan Alvarez Delgado; el Director del Conservatorio Profesional de Música y Presidente del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife don Antonio Lecuona Hardisson; el Presidente de la Academia de Bellas Artes y Director del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife don Eduardo Tarquis Rodríguez y otras muchas personalidades, así como los vocales del Consejo Superior de Investigaciones y miembros del Instituto de Estudios Canarios.

Dió comienzo el acto con las palabras de salutación del Director del Instituto que transcribimos. Seguidamente el Marqués de Lozoya, desarrolló su conferencia sobre el tema: «El arte peruano y sus posibles relaciones con Canarias», cuyo texto íntegro reproducimos a continuación de aquellas.

DON ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES:

Excmos. e lltmos. Sres.; estimados compañeros:

Pocas ocasiones más gratas me podría ofrecer el cargo que ostento, por la afectuosa benevolencia de mis compañeros, de Director del Instituto de Estudios Canarios que ésta que hoy me depara de expresar, en nombre de todos, nuestro respetuoso homenaje al señor Marqués de Lozoya y de testimoniarse nuestra profunda gratitud por haber aceptado honrar nuestra casa y nuestra tribuna.

Mis pobres palabras no podrían pretender servir de presentación a persona tan conocida, querida y admirada en Tenerife como el Marqués de Lozoya. Su prócer personalidad, su afable llaneza, su simpatía efusiva, unidas a su privilegiada cultura y a su fértil inteligencia, han hecho de don Juan de Contreras, desde que tomara tierra en nuestra isla, la figura central de las actividades culturales, artísticas y sociales tinerfeñas.

Poeta, historiador, esteta, director general de Bellas Artes, el Marqués de Lozoya bajo cualquiera de estas facetas de su rica personalidad merecería el homenaje que Tenerife le ha tributado espontáneamente, pero yo no puedo silenciar aquí la atención que el Marqués de Lozoya, historiador magistral del arte hispánico, ha prestado a nuestro arte canario; su interés hacia Luján, figura que el profesor Ovejero, según me ha referido nuestro huésped, contraponía a Salzillo; su curiosidad por las muestras del arte de nuestros orfebres, que con ser tan abundantes son por lo común de autor anónimo, sin contraseñas ni marcas de punzón, salvo en alguna obra maestra; sus elogios de las grandes obras arquitectónicas tinerfeñas, especialmente de la fábrica barroca de la Concepción de la Orotava, fruto del arquitecto Eduardo y del templo de la misma advocación de La Laguna, respecto de las cuales abriga el Marqués el propósito de solicitar su declaración de monumentos nacionales; su análisis del estilo de un tipo determinado de casas canarias (Vegueta) que relaciona con otras semejantes de Arequipa, tema de su conferencia de esta tarde; sus aportaciones, en fin, a la Historia del País que debe al Marqués de Lozoya las magníficas páginas sobre el plan de los Reyes Católicos para la conquista y anexión de Canarias, de su contribución a la memorable «Semana Pro Ecclesia et Patria», celebrada en 1935, inspirada y presidida por el ilustre Obispo de Tenerife, a quien desde nuestro campo hemos de agradecerle su patrocinio de los estudios canarios que impulsa y cultiva en aquellos momentos que le permite el ejercicio de su pastoral ministerio.

Tenerife ha recibido la visita del Director General de Bellas Artes con su efusiva hospitalidad característica, pero sobre todo con el

júbilo y la emoción que emana de las visitas entre hermanos que viven alejados, aunque estrechamente unidos en el sentimiento y en el común recuerdo. Ni siquiera el mar que nos separa escinde esta gran comunidad y así Lope de Vega pudo llamarle el mar de España, porque él fué el camino de aquella empresa portentosa que dió por resultado el alumbramiento de un mundo nuevo y la conquista de ese mundo recién descubierto para la Fe y la civilización.

En relación con esa comunidad espiritual de pueblos, presidida por la augusta maternidad de España, ningún tema más grato para el auditor canario que aquel que nos ofrece el Marqués de Lozoya en su conferencia de esta tarde. *Las relaciones de Canarias con América* han sido tan íntimas y sus historias se ofrecen de tal manera entrelazadas que la exposición y análisis de la posible relación de las artes peruanas y canarias, aparte de su indiscutible novedad, servirá para acrecer la deuda de gratitud que los canarios hemos contraído con el Marqués de Lozoya, descendiente y biógrafo de aquel Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua en el siglo XVI, y en este sentido también atraído, como nosotros los canarios y por semejantes nexos espirituales, por el misterio y la profunda personalidad americanos.

En efecto, desde la recalada y estancia de Colón en nuestras islas, que tanta influencia tuvieron en el descubrimiento, hasta nuestros días en que el Archipiélago se encuentra representado por el trabajo canario, fruto de la emigración que engrandece aquellas tierras feraces, o por los descendientes de canarios que en gran número ocupan los puestos directivos de aquellas repúblicas, Canarias ha estado constantemente presente en el Nuevo Mundo, el que por cierto, cuando aún no había recibido su nombre actual fué conocido, a través de un poema publicado en Florencia el 26 de Octubre de 1493, como las «nove isole di Canarie indiane». Américo Vespucio, que iba más tarde a darle el suyo arribó en 1499 a la Gomera, como después aportó en 1504 a Santa Cruz de Tenerife Hernán Cortés, por no citar más que dos nombres de cuantos nos ofrecen las tripulaciones de aquellas escuadras que recalaban a puertos canarios, recibiendo a su bordo víveres, aguadas, semillas, ganados, tripulantes, soldados, pobladores: en una palabra, muchos de los elementos de la mayor empresa humana que vieron los siglos, que estas islas—con qué razón por tal concepto verdaderamente Afortunadas—repartieron desde la Florida hasta el Río de la Plata.

Grandes figuras de la Historia Americana han sido hijas de Canarias: Bastará recordar a un misionero como el Padre Anchieta, Apóstol del Brasil; a los Lugo, conquistadores de Santa Marta (Colombia), exploradores del Río Magdalena, etc.; al precursor Miranda, oriundo de Tenerife; a cuantos con Pedro Benítez de Lugo embarcaron en los navíos incorporados en Tenerife a la famosa escuadra de Pedro de Mendoza, fundadores de la ciudad de Buenos Aires; a Silvestre de Balboa

Troya y Quesada, autor del primer poema de las letras cubanas; al Venerable Pedro de Bethencourt, fundador de los Bethlemitas en América; al famoso Almirante Díaz-Pimienta, héroe de la isla de Santa Catalina o de la Providencia; a los Alvarez de Abreu y varios preladados más en las distintas mitras americanas; a los generales Monteverde y Morales, jefes realistas contra las fuerzas republicanas venezolanas, etc., etc., además de una verdadera pléyade de conquistadores, misioneros y fundadores de pueblos.

Si del vasto imperio de Ultramar nos reducimos al Perú (atraídos por el tema que desarrollará el Sr. Marqués de Lozoya) veremos brillar allí también a nuestros paisanos. Don Baltasar de Castilla, víctima de Gonzalo Pizarro, como lo fué de Alonso de Alvarado su cuñado Lorenzo Mejía, durante las sangrientas luchas que conmovieron el nuevo reino. Don Sebastián de Castilla, hermano de Don Baltasar, jefe de la famosa sublevación de Charcas contra Pedro de Hinojosa, que también pereció trágicamente, por mano de Vasco Godínez. Su tío Don Antonio, IV Conde de la Gomera, Gobernador de la provincia de Chucuito y más tarde, fuera del Perú, Gobernador y Capitán general de Guatemala. Don Francisco Bahamonde de Lugo, Regidor y fundador de Santa Fe de Bogotá y uno de nuestros más insignes capitanes en Tierra Firme, defensor del Perú en dos ocasiones, mandando fuerzas de caballería en socorro de los Virreyes Núñez de Vela y La Gasca, respectivamente, ambas contra Gonzalo Pizarro. Don Juan de Mesa y Lugo, Regidor de Tenerife, Gobernador de Arequipa y de la ciudad de la Paz por Felipe IV. Don Luis de Bethencourt y Figueroa, hijo como el anterior de La Laguna, Fiscal de la Inquisición en Lima, donde falleció en 1665, tras haber renunciado la mitra de Popayán. Don José González Rivero, natural de Granadilla (Tenerife), Arzobispo de Lima desde 1735 hasta 1740. Don Lorenzo Felipe de la Torre Barrio y Lima, de La Laguna, dueño de minas en el Asiento de San Juan de Lucanas, autor del «Arte o cartilla del nuevo beneficio de la plata», de que fué inventor, impreso por primera vez en Lima, en 1738. El P. Feijóo le concedió tal mérito que le encontraba digno de una estatua del precioso metal. Don Juan de Vinatea y Torres, de la isla de la Palma, hábil tanto en el manejo del verso como de la espada, Corregidor de Piura y defensor en 1741 del Puerto de Paytá contra los ingleses, fallecido en Moquegua siendo su Corregidor interino. Don Francisco de Mesa y Ponte, lagunero, creado por Carlos III Marqués de Casahermosa, Corregidor y Teniente de Capitán general de Huaylas, de cuyo cargo tomó posesión en 1769 desempeñándolo por dos quinquenios, habiendo reparado a su costa, dice Fernández de Réthencourt, casi todos los arruinados templos de su distrito, calles, plazas y caminos, recordando aún su buena administración la torre y la sillería de coro de la iglesia de la capital de Huarás. Después de ser Corregidor de Puno, fué Corregidor y Capitán general del Cuzco. A él se halla dedi-

cada la «Descripción genealógica de las Casas de Mesa y Ponte», del presbítero don Antonio Ramos. El santiaguista don Jerónimo Boza de Lima y Anchieta, también lagunero, Gobernador de Guayaquil y Capitán de las guardias del Virrey del Perú, a quien Felipe V instituyó en 1736 Marqués de Casa Boza, en Lima. Don José Francisco García de la Guerra y Mesa, del hábito de Calatrava, Tesorero de la Real Hacienda de Oruro, (perteneciente hoy a Bolivia) fallecido en La Laguna en 1827. Don Antonio Porlier y Sopranis, hijo de esta misma ciudad, elevado a los más altos cargos como Secretario de Estado y del Despacho universal de Gracia y Justicia de Indias, académico de la Española y de la Historia, comenzó su brillante carrera política en tierras americanas como Fiscal protector de la Audiencia de Charcas (1756) de la que fué nombrado más tarde Oidor, pasando después a la de Lima como Fiscal Civil. La Corona premió sus servicios creándole Marqués de Bajamar. El Alférez Mayor de Tenerife don Francisco de Valcárcel y Herrera, natural de la Orotava, falleció a fines del siglo XVIII siendo Gobernador de Tarma. Su único hijo nacido en Huánuco fué el último Alférez Mayor de su apellido. El General don Domingo de Guisla Boot y Salazar de Frías, nacido en La Palma, de la Orden de Calatrava, Corregidor, Gobernador y Justicia Mayor de las provincias de Calca y Lares, Guamanga (hoy Ayacucho) y Cotabambas, contrajo matrimonio en Lima, a mediados del siglo XVIII, con doña Isabel de Larrea y Riaño. Sus hijos, ya naturales de Lima, reanudaron los lazos de nuestras islas con el virreinato: don Juan de Guisla Larrea, santiaguista, fué Corregidor y Gobernador de la provincia de Cajamarca y doña María Hermenegilda de Guisla casó en Lima con su primo hermano don Carlos José de Guisla, II Marqués de Guisla-Guiselín, que había nacido en La Palma, siendo padres de don Juan, III Marqués, limeño, regidor perpetuo de la Ciudad de los Reyes, donde falleció soltero, extinguiéndose en él la varonía de esta ilustre familia canaria. Su madre doña Hermenegilda, viuda de su primo, nuestro paisano el Marqués, casó de nuevo con don Lucas de Vergara, último Conde de la Granja, Regidor de Lima, siendo tales sus servicios a la causa de la Independencia que el gobierno peruano le otorgó en 1822 un diploma con la banda nacional y la medalla de oro creados para premiar los méritos contraídos por las damas en aquella lucha civil. Don Luis Gonzaga de la Encina y Perla, fué consagrado en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, de donde era natural, Obispo de Arequipa, en 1806. Se ofrecieron con tal motivo banquetes por el consagrante y consagrado, luciendo el palacio episcopal brillantes luminarias, y desde uno de los balcones se ofreció un concierto al pueblo. Las damas (a quienes no se les facilitó acceso a palacio) fueron obsequiadas en su domicilio con variedad de helados y dulces, pudiendo los ingenios locales ejercitarse en componer letrillas alusivas, ocasión que aprovechó nuestro gran polígrafo Viera para recordar en las suyas la gobernación de Arequipa por Mesa y Lugo y el le-

gendario origen guanche del Inca Manco-Cápac. Al morir Encina su lengua quedó depositada en el Convento de Monjas Catalinas, de Arequipa, mientras su corazón fué enviado a la Catedral de Las Palmas. Junto con Encina marchó al Perú su familiar y biógrafo don Antonio Pereyra Pacheco y Ruiz, Sacristán Mayor de la Catedral de Arequipa. Bibliófilo, calígrafo, miniaturista, curiosísimo de todo, recogió en escritos diversos cuanto de interés vió o supo, adornándolo con láminas de singular encanto. Esa inefable cualidad que se ha dado en llamar «sabor de época» emana irresistible de los manuscritos del presbítero lagunero que consagró varios de sus originales a temas peruanos, especialmente a la ciudad de Arequipa, de cuyos usos, costumbres y monumentos nos dejó testimonio gráfico y literario. Varios más debieron pasar con Encina a su nueva diócesis y entre ellos don Miguel Pereyra, hermano del anterior, que imprimió en la Imprenta Peruana de Lima, en 1814, su canto heroico en honor de Espoz y Mina. En fin, el General don Blas Cerdeña, de Gran Canaria, partícipe de las luchas por la Independencia, cuando uno de aquellos dos mundos que miramos amorosamente enlazados en los sellos reales de nuestros monarcas de Indias y en sus viejas monedas iba a separarse de su secular compañero, de quien había recibido con la fe, la lengua, la estirpe y las instituciones, su mejor patrimonio.

El mismo Libertador Simón Bolívar, criollo de origen vasco, tenía varias ascendencias canarias y en su patria, Caracas, se alza todavía el templo de Nuestra Señora de Candelaria, erigido por los isleños en recuerdo de su lejana y sacrosanta Patrona, mientras ciudades americanas se llaman aún Tenerife o Las Palmas, en perpetuo homenaje a la patria de sus conquistadores y fundadores.

Siendo tan profundas las relaciones canario-americanas el tema que el Sr. Marqués de Lozoya nos brinda no puede tener mayor atractivo, y unido este interés al que el orador presta a cuantas materias trata estimula vuestra natural avidez por oír al conferenciante, a la par que aumenta el irreprimible cansancio que os habrán producido estas palabras mías. Justo es pues que deje de retener vuestra benévola atención, tan cortesmente prestada. Pero permitidme que antes de hacerlo recoja vuestro unánime sentimiento y el del Instituto que me honro en dirigir para reiterar al Sr. Marqués de Lozoya nuestra profunda gratitud, nuestra rendida admiración y nuestra sincera amistad.

EL MARQUÉS DE LOZOYA:

Queridos amigos:

En unos cuantos días, henchidos de emociones, he ido ajustando la idea preconcebida que traía de vuestra isla, que me ha interesado siempre, con la realidad. Y la realidad supera, yo os lo aseguro, a las descripciones de los literatos y a los cuentos de los viajeros. He encontrado lo que ya esperaba encontrar: paisajes admirables, de una inagotable riqueza de matices, desde las desnudas cumbres y valles roqueños, en que han quedado petrificados momentos dramáticos de la vida del planeta, a los bosques de una riqueza de verdes y de penumbras desconocida en las selvas continentales, y laderas paradisíacas tendidas hasta el mar y en las cuales es solamente verdad la frase tan frecuente de comparar los campos a jardines. He encontrado también en Santa Cruz, en La Laguna, en Orotava un ambiente urbano exquisito y único, con sus plazas de fuentes románticas, a la sombra de inmensos laureles, sus casas solariegas y su alegre caserío pintado de varios colores; un ambiente que no es europeo ni tampoco es colonial sino que responde a esa categoría especial «las Islas», que con su empaque metropolitano en medio de una vegetación exuberante y exótica rodea a las poblaciones de un clima de ensueño, que fué singularmente grato al romanticismo.

He encontrado un arte mucho más rico de lo que esperaba y que vale más de lo que vosotros mismos pensáis acaso. Pero, sobre todo, la mayor ganancia de mi viaje ha sido el ponerme en contacto con vosotros y darme cuenta de cual es vuestra cordialidad, la finura de vuestro espíritu, estas cualidades que hacen de la gente canaria una verdadera aristocracia dentro de la gran familia hispánica.

El estudiar y difundir la gran obra de España, en uno de sus aspectos, el artístico, es la tarea de mi vida. Este apasionado deseo de perseguir la huella hispánica, del cual mi viaje a Canarias es uno de los más gratos episodios, de sentar los principios de unidad de la gran cultura hispánica, esparcidos por tantas comarcas, me llevó al Perú en el año de 1941. El motivo de mi viaje fué el asistir, con la Comisión española, a las fiestas del Centenario de la muerte del Marqués don Francisco Pizarro, que se celebraba el año 1941 y del descubrimiento del río Amazonas por Francisco Orellana, fecha más imprecisa pero a la cual oficialmente se había hecho coincidir en el mismo año. Este viaje me dió a conocer uno de los aspectos más interesantes del arte hispánico en América: el arte peruano. El Perú era la capital política y administrativa de una gran parte de América del Sur; en Lima tenían los Virreyes una Corte ostentosa en la cual existía una aristocracia criolla famosa por su fausto. El clero y las órdenes religiosas eran ricos

y generosos y todas estas circunstancias crean un ambiente propicio para el desarrollo del arte; pero además en tierra peruana había florecido una cultura indígena rica en formas admirables y del choque de las dos culturas nace una diversidad de matices que prestan el mayor interés a este aspecto del arte hispánico. No se trata, ciertamente, de un arte colonial. España no tuvo colonias en el sentido de países sometidos a la metrópoli en situación de inferioridad. Tan español era un vecino de Lima o del Cuzco como el de Avila o Toledo. El arte colonial, que es el arte indígena que intenta someter su exuberancia morfológica a los patrones europeos, se da en las colonias inglesas u holandesas, pero no en el Imperio Español. Lo que hay en América es un arte «provinciano», que procura repetir los patrones de la metrópoli, adaptándolos al ambiente. Hay un gótico, un plateresco, un barroco, un neoclásico que repiten los modelos recibidos de la península con alguna modificación que es consecuencia del ambiente (clima, materiales, obreros, etc.) y con alguna influencia de las culturas indígenas. Por esto los historiadores del arte en América van sustituyendo el concepto «arte colonial» por el de «arte virreynal» mucho más exacto.

Hay en Perú tres comarcas artísticas perfectamente determinadas y cada una de las cuales tiene características propias. Estas comarcas son: la costa, la sierra y la región del lago sagrado de Titicaca. La Costa es la porción comprendida entre los Andes y el Pacífico. Es de clima muy templado pues los ardores del trópico están templados por la corriente fría llamada «de Humboldt». No llueve nunca. Es un verdadero desierto, cuyo paisaje recuerda singularmente el del Sur de nuestra isla de Tenerife y el de la Gran Canaria, con sus montes volcánicos y sus laderas cubiertas de fina arena. Solamente en los valles de los ríos hay verdaderos oasis paradisíacos y en uno de estos valles, el de Rimac, está la ciudad de Lima, una de las más sugestivas del mundo. Los temblores de tierra son un fenómeno casi diario y frecuentemente terribles terremotos han asolado totalmente las ciudades. Escasea mucho la piedra y las culturas indígenas construyeron monumentos, como las ciudades de Chan-Chan y de Pachacamac, de tierra, que no pudieron servir de base a los conquistadores para sus poblaciones. Todo es allí puramente español.

La construcción de Lima ha sido determinada por los terremotos, el último de los cuales, a mediados del siglo XVIII asoló totalmente la ciudad. Entonces se pensó en una arquitectura más elástica y en su instauración intervino, sobre todo, un jesuita bohemio, el P. Rher. En esta arquitectura los pilares suelen estar compuestos de un armazón de vigas de cedro de Guatemala, revestidos por fuera de cañizo y tendidos de un revoque imitando piedra; la techumbre suele ser de madera, en forma de bóveda o crucería y los muros, de tierra. Esta arquitectura suele conseguir una extraordinaria elasticidad y ha resistido te-

rremotos bastante intensos. Las iglesias son enormes, generalmente de plan jesuítico, esto es, nave con capillas entre los contrafuertes y crucero cubierto con cúpula. La fachada suele ser con portada en forma de retablo, entre dos torres. Al interior, profusión de retablos riquísimos de un churriguerismo delirante. Los enormes monasterios suelen tener claustros de cierto sabor múdejar en cuya galería superior los arcos en forma de pabellón se apoyan en pares de delgadas columnas.

El aspecto de Lima es el de una ciudad del mediodía de España, con una gran plaza—la plaza de armas—, y calles cuadrículadas, estrechas, con casas de un solo piso. El detalle más saliente de estas casas son los miradores de madera, protegidos por celosías que en algunas calles corren a lo largo de todas las fachadas. La más bella de estas casas es el palacio de los Marqueses de Torre-Tagle, acaso el más singular edificio civil de toda América, de un barroquismo exótico en todas partes, con miradores orientales y detalles de pagoda china.

La región llamada «la Sierra», al Sur del Perú, está situada en las estribaciones orientales de los Andes, en mesetas de 2.500 a 3.500 metros de altura. Es una comarca fría y desnuda, con un paisaje que recuerda las más áridas altiplanicies de Segovia y de Soria y una vegetación escasa y rala. Todavía la totalidad de la población es de raza india, que habla *quechua*. La piedra abunda y son tan frecuentes los monumentos incaicos, que llegan a ser un elemento típico del paisaje. La arquitectura indígena es de una gran sencillez y una gran nobleza, con edificios en forma de pirámide truncada o de tronco de cono, construída con grandes sillares muy irregulares, pero engatillados perfectamente, con huecos trapezoidales y, por todo adorno alguna moldura o algún relieve. En un valle a 3.500 metros se encuentra la ciudad del Cuzco, capital de los Incas, y una de las ciudades más interesantes del mundo. Los cronistas nos cuentan las maravillas de los palacios y de los templos y de los tesoros allí acumulados, de los jardines en que las flores eran de oro. El Inca Garcilaso nos ha dejado un cuadro imborrable de las grandezas de los Incas, que él oía contar a los ancianos de su linaje, a la puerta de su casa y de la epopeya trágica de los conquistadores, embriagados de oro y de sangre. La ciudad está situada sobre las de los Incas y casi todos sus principales monumentos están basados en los palacios y templos incaicos, sobre los cuales se levantaron los magníficos edificios platerescos o barrocos. Esto da al Cuzco un carácter singular y único. El aspecto es el de una vieja ciudad castellana, con su gran Catedral española, de un renacimiento que recuerda el de las Catedrales andaluzas; sus templos magníficos: la Compañía, San Francisco, la Merced, el Triunfo, Jesús María, San Sebastián, con sus fachadas de un barroco tan fino que recuerda al plateresco, todo ello esculpido en una piedra color de cobre, como la de Salamanca. Sus palacios renacientes, con magníficos blasones, sus ventanas en ajimez o en esquina, como el del Almirante. Las calles del

Cuzco tienen el fuerte carácter de las viejas ciudades españolas. Grandes aleros, balcones de madera con guardapolvo, plazas porticadas, con soportales irregulares, en arco o en arquivado. Pero debajo de esta estructura hispánica está el fundamento indio. Casi todas las casas tienen muros incaicos y hay edificios, como el Convento de Santo Domingo en que lo incaico, lo morisco y lo barroco forman una de las más originales sinfonías que puedan imaginarse. Pero en el Cuzco, lo indio y lo español no se mezclan nunca. Se superponen, pero están totalmente separados y lo español es tan puro como en la península, sin contaminación alguna.

En cambio es precisamente la amalgama de lo indio con lo español lo que da su acento al arte de la tercera de las regiones peruanas, desde Arequipa, al pie del Misti, a 2.500 metros de altura, a las riberas del lago de Titicaca, a 4.000 metros. Es un arte absolutamente misional. Los misioneros daban el dibujo para los templos, dentro del barroco español, pero estos dibujos eran interpretados por los indios los cuales ponían el espíritu de su raza. El adorno, esculpido en piedra, tiene todo el primitivismo indígena, con su tendencia a soluciones geométricas, con su labra en planos rectos, a bisel y a trepano. Frecuentemente los motivos son indígenas: Esto origina un fenómeno curioso: el arcaísmo. El estado social de los indios era análogo al de las ciudades europeas de la Edad Media y las iglesias de Arequipa, del siglo XVIII, recuerdan a las iglesias románicas de Castilla, de la misma manera que la pintura de la escuela cuzqueña evoca con sus vivos colores y sus fondos de oro a los pintores españoles de la Edad Media.

Después de esta ojeada ligerísima sobre la arquitectura peruana, quisiera hablaros de algunas influencias canarias en el arte peruano. Creo yo que no ha sido suficientemente valorada la aportación canaria a la obra inmensa de España, que es la conquista de todo un mundo para la cultura católica e hispánica. Hace ya una veintena de años un historiador norteamericano, Merriman, publicó un libro «The rise of Spanish Empire in America» y sobre el mismo asunto dió una conferencia en el Ateneo de Madrid. Merriman afirma que el espíritu aventurero de los españoles se había manifestado en dos hechos que son el precedente de la gran aventura indiana. Estas dos empresas son las embajadas a la Corte de Tamorlán y la conquista de las Canarias. En este último los españoles, en sus relaciones con la raza indígena, en su sistema de repartimientos y municipios sientan los principios de un sistema que después habían de emplear en el nuevo mundo. Realmente, el viaje de Colón comienza, en su aspecto de pavorosa aventura, desde que abandona la Gomera. Después, las Canarias vienen a ser como la primera estancia en un viaje que fué mucho tiempo peligroso. Es natural que las influencias mutuas fuesen enormes. Aun sin admitir la aserción de Viera y Clavijo de que Manco Capac, el fundador de la dinastía incaica, fuese un guanche escapado de Tenerife, es lo cierto

que desde los cuatro viajes de Colón no hubo flota importante que no recalase en Gran Canaria o en Gomera y en todas se alistaba un número importante de canarios. Los grandes hombres canarios en la historia de la conquista y colonización son numerosísimos. Pedro Benítez de Lugo en la expedición de don Pedro de Mendoza, don Pedro de Lugo, que organiza, exclusivamente con canarios, otra expedición al Nuevo Reyno de Granada, don Alonso Fernández de Lugo, tercer adelantado, de quien se dice que conquistó, exclusivamente con canarios, tanta tierra como Hernán Cortés, Francisco Bahamonde, don Baltasar de Castilla y Lorenzo Mejía, de trágica historia. Pero más que estas figuras destacadas pudieran influir en la constitución social y económica del Imperio Español los colonos canarios, que en corriente nunca interrumpida acudían al nuevo mundo. Los canarios eran los más solicitados porque por su adaptación a la tierra y al clima y por su conocimiento de los cultivos tropicales triunfaban donde otros fracasaban. En las diferentes concesiones comerciales a los canarios para el trato de las Indias, la Corona imponía como condición el llevar colonos y con canarios se poblaron algunas de las Antillas y el Uruguay.

De estas actividades canarias en el Nuevo Mundo he creído encontrar vestigios en la arquitectura peruana de la época virreynal. Hay una notable semejanza entre el clima del Perú, y entre su suelo volcánico y fertilísimo con los de nuestra isla. Hay también una coincidencia—casual, sin duda—entre el sistema de cultivo de los incas, que conquistaban terreno al monte por medio de terraplenes (Machu-Pichu) y el de Tenerife; y en Perú, como en Lanzarote, se plantan los vegetales en verdaderos pozos abiertos en la tierra volcánica.

No hay relación entre la arquitectura religiosa canaria y la peruana. El tipo de iglesia tinerfeña, de una o tres naves cubiertas de alfarje, se encuentra alguna vez en América (San Francisco de Cholula, Las Nazarenas de Lima), pero este tipo procede de la baja Andalucía y es probable que pasase a América desde la Península. En general, las iglesias peruanas responden al tipo de barroco hispánico llamado jesuítico que no se encuentra en Canarias. Pero en cambio en la arquitectura civil del Perú predomina un tipo que no se halla en la Península y que es el habitual de la morada canaria. Casa de un solo piso, cubierta, según el clima con terraza o con tejado, con patio porticado con pilares y galerías de madera y cuyo detalle más característico son los balcones muy volados, con tejadillo, antepecho de balaustres finamente labrados y empleo frecuente de celosías. Este tipo de balcón es de origen oriental; su nombre propio en árabe es ajimez y es frecuentísimo en todas las ciudades de Oriente, del Cairo a Bagdad, a las que da su carácter inconfundible. En la península fueron frecuentes, pero en el siglo XVI los ahuyentó la moda renacentista de balcones y ventanas a la italiana. El historiador Morgado nos da cuenta de esta transformación en Sevilla al mediar la centuria. Canarias, más aislada,

conservó tradicionalmente esta forma y la transmitió a América, cuya arquitectura doméstica no se estableció hasta el 1600. Este tipo de balcones se conserva en todo Perú, en Chile y en el Río de la Plata (Palacio del Marqués de Sobremonte en Córdoba).

Pero hay en la arquitectura civil peruana otro tipo cuyo origen canario me parece aún más fuera de duda, pues no se encuentra en la Península. Se trata de la casa de Arequipa, situada al pie del Misti que es, como el Teide, un volcán casi apagado. La casa arequipeña es un cubo de piedra volcánica, con terraza con alto antepecho y que vierte las aguas por un sistema de gárgolas semejantes a una batería de cañones. En la fachada se da la particularidad de que puertas y ventanas están comprendidas en un solo bloque rectangular formado con sillares de piedra. Este tipo de casa, que se extiende por el Sur hasta Tucumán le he encontrado exclusivamente en el barrio de Vegueta de Las Palmas.

No es difícil establecer relación entre estas dos ciudades hispánicas, tan distantes. La hay en el paisaje y en el clima, pero no faltan contactos históricos. Don Juan de Mesa y Lugo, regidor de Tenerife, fué gobernador de Arequipa en el reinado de Felipe IV. Es seguro que llevaría en su séquito mucha gente de su país. En los últimos años de la dominación española en América, en el reinado de Carlos IV (1804) el arcediano de Canarias don Luis Gonzaga de la Encina fué nombrado Obispo de Arequipa y llevó a la ciudad del Misti a algunos de sus paisanos. Estos dos hechos originaron acaso una corriente que pudo originar el fenómeno de la estructura canaria de las casas de Arequipa.

Para terminar, una posible influencia de un tema artístico canario en el arte americano. No se trata ahora de Perú sino de Méjico. Discuten los historiadores de la arquitectura mejicana sobre el origen de la extraña cubierta en forma de campana que el arquitecto Tolsá dió a las torres de aquella Catedral. Como único precedente en la Península citan la torre de la Catedral de Pamplona en lugar, ciertamente, muy apartado de las rutas oceánicas. Precedente más cercano y verosímil podrían ser las torres canarias, que frecuentemente adoptan esta cubierta. Las de la Catedral de La Laguna y las de la Concepción de Orotava y alguna más. Por cierto que en la singular y elegantísima portada de esta iglesia hay unos relieves que vienen a resumir el tema de mi conferencia. Son dos esferas, en una de las cuales aparece una parte de América y en otra estas islas de la Fortuna, unidas por vínculos no solamente económicos, sino también artísticos y culturales. Creo que es interesante para el «Instituto de Estudios Canarios» un estudio detenido y profundo del tema de la gran aportación canaria a la gran obra misional de España que, un poco aventuradamente me he atrevido a esbozar.

LÁMINAS

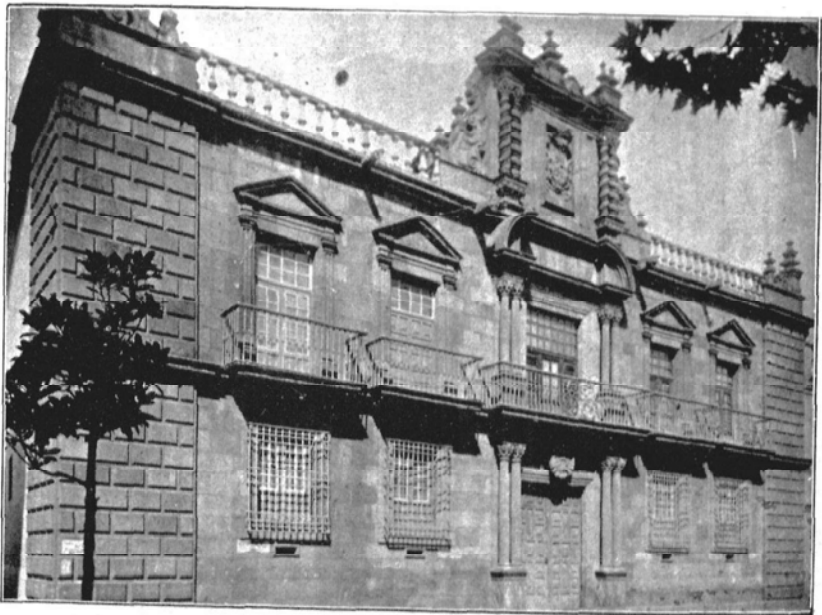


El Marqués de Lozoya.

Lám. I.



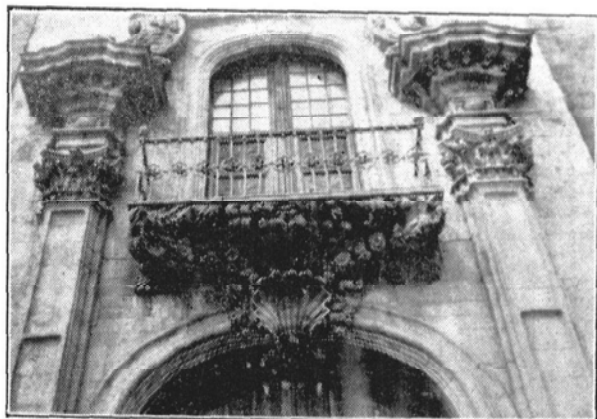
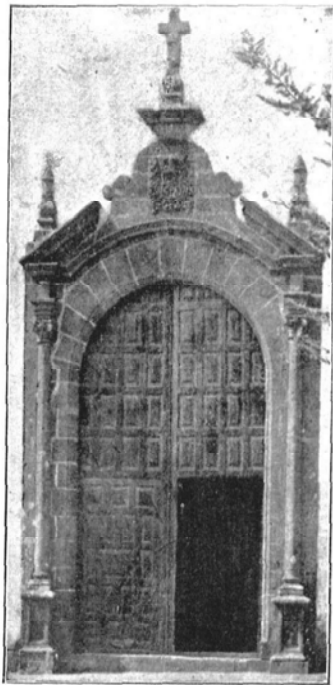
Lám. II. 1. - El Marqués de Lozoya en el Sur de Tenerife. (Cliché particular).
2. - La Laguna de Tenerife. Plaza del Adelantado. (Fot. Zenón).



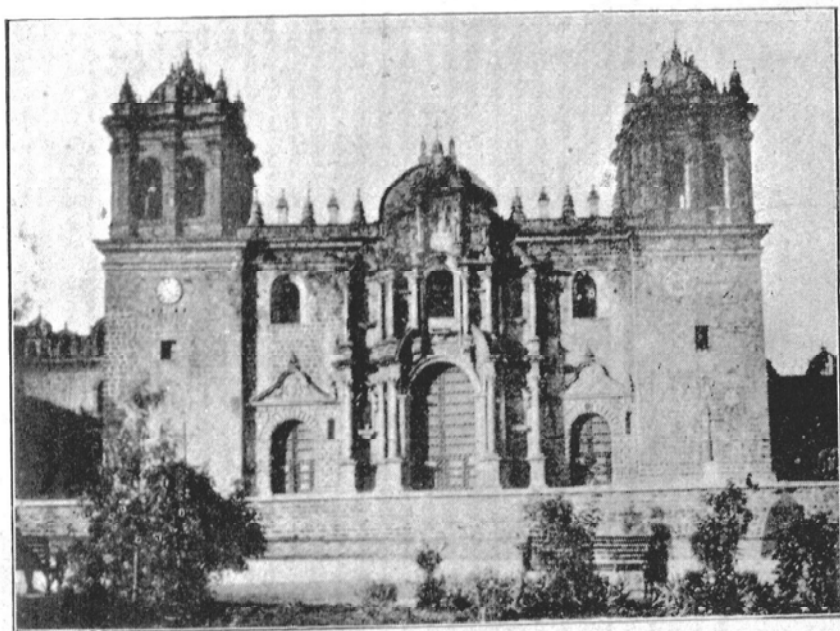
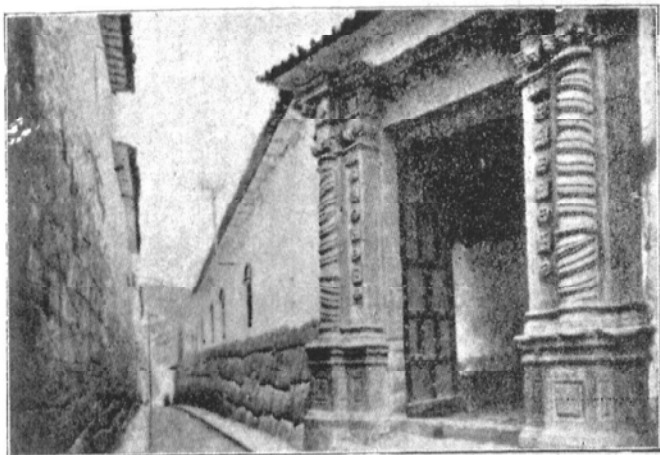
Lám. III. 1. - Palacio de los Condes del Valle de Salazar (hoy Episcopal).
2. - Palacio de los Marqueses de Villanueva del Prado.
(La Laguna de Tenerife).



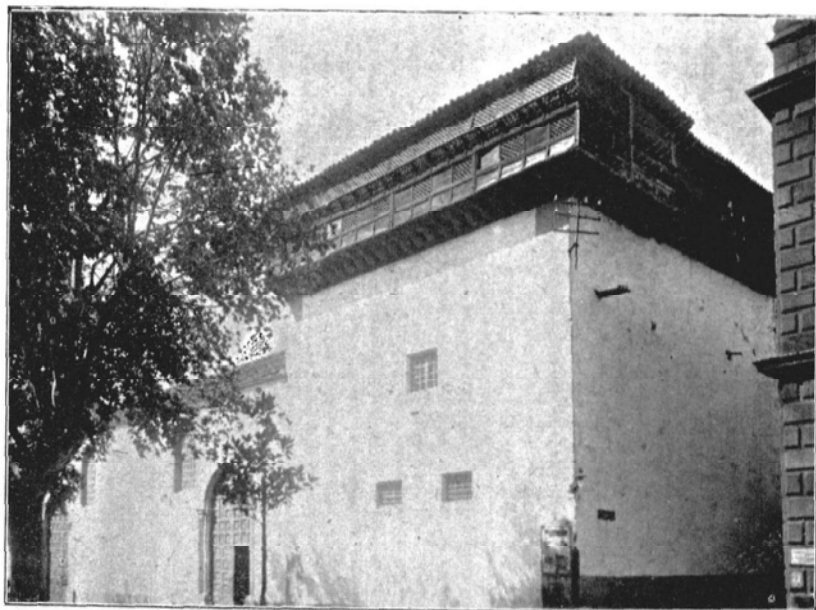
Lám. IV. — Imagen gótico-sevillana y retablo, de plata repujada del Stmo. Cristo de La Laguna. (Fot. Zenón).



Lám. V. 1. - La Laguna. Puerta Mayor de la Concepción. 2 y 3 - Orotava. Capitel y entablamento de una columna y Balcón central en la iglesia parroquial. (Fot. H. Perera).



Lám. VI. 1.-Cuzco. Casa de los Marqueses de San Juan. 2.-Cuzco. La Catedral.



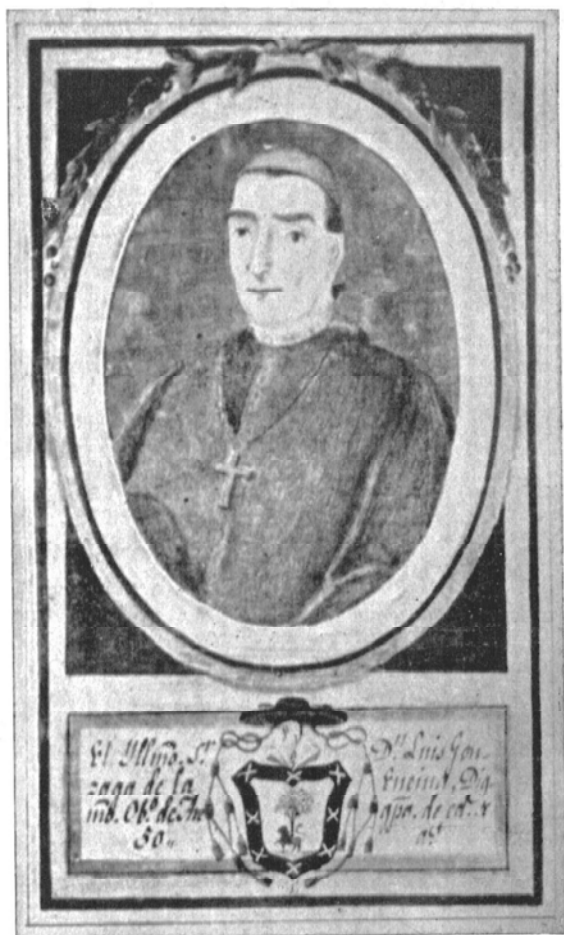
Lám. VII. 1. - Cuzco. Casa del Almirante. 2. - Córdoba (Argentina). Palacio del Virrey Marqués de Sobremonte. 3. - La Laguna. Convento de las Catalinas.



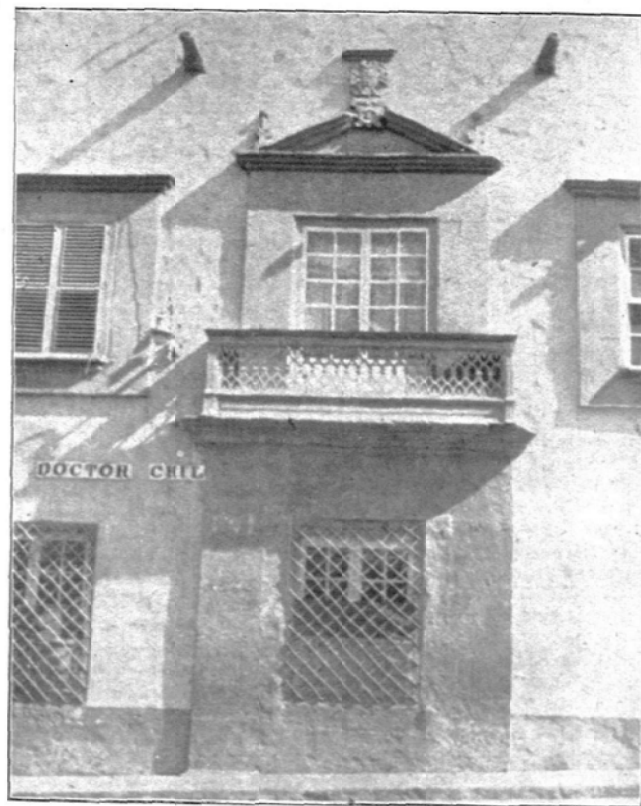
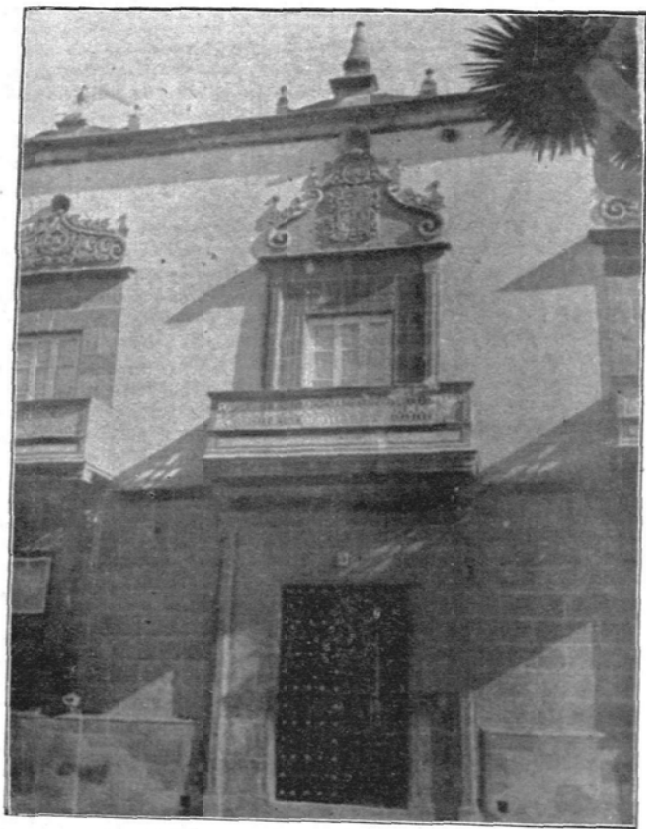
Lám. VIII. – La Laguna. Antigua casa de la familia Calderín (hoy reedificada por su actual propietario). Fot. G. Rivero.



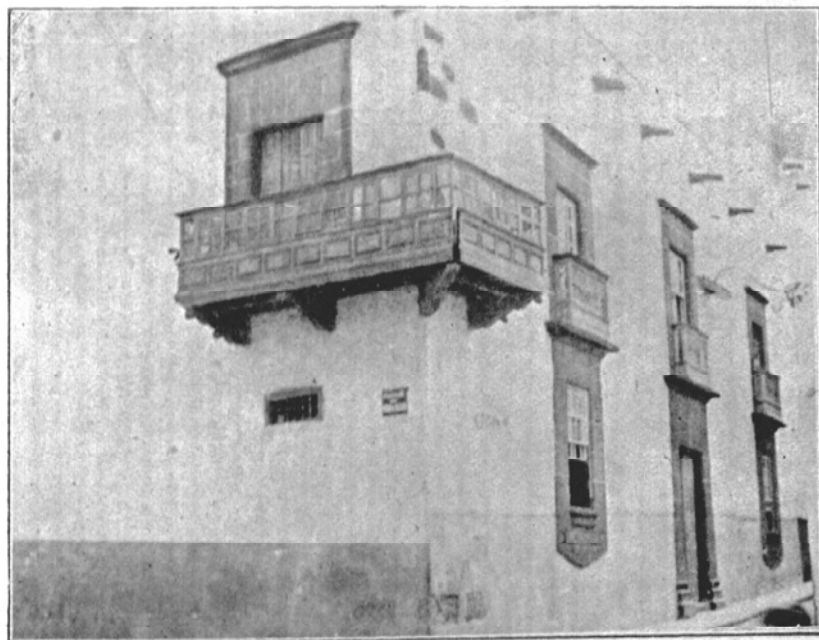
Lám. IX. 1.-Lima. Palacio de los Marqueses de Torre-Tagle. 2.-Orotava. Balcones volados.



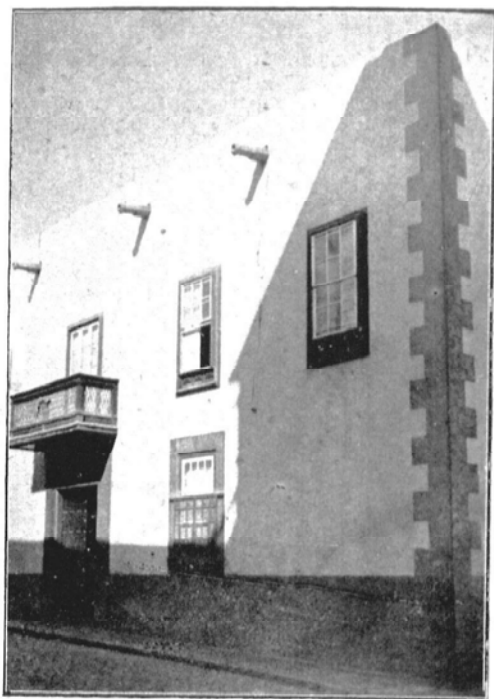
Lám. X. - Don Luis Gonzaga de la Encina. Retrato inserto en la "Relación" de su familiar Pereyra y Pacheco, autor del mismo. Manuscrito existente en la Biblioteca Provincial de La Laguna.



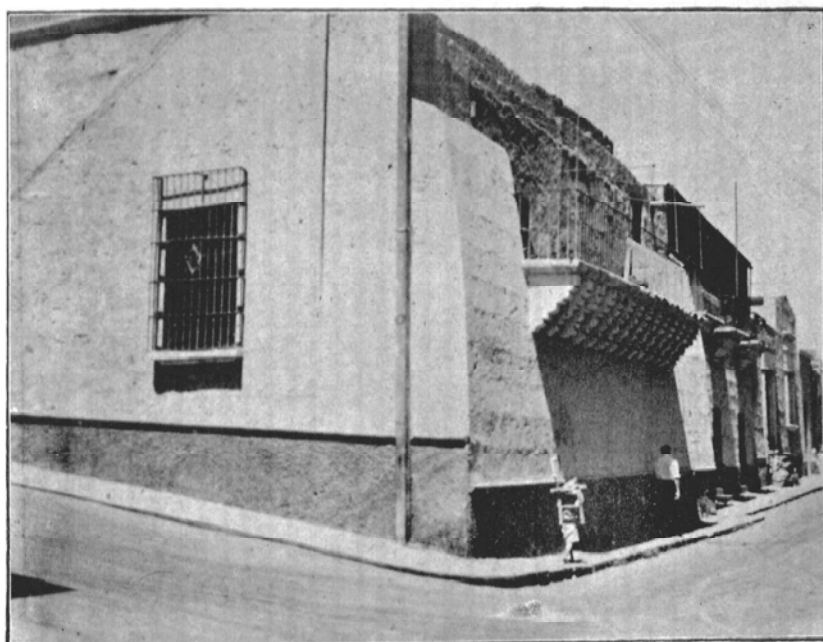
Lám. XI. Las Palmas de Gran Canaria (Vegueta). 1. – Casa familiar del Castillo. 2. – Seminario. (Fots. “El Museo Canario”).



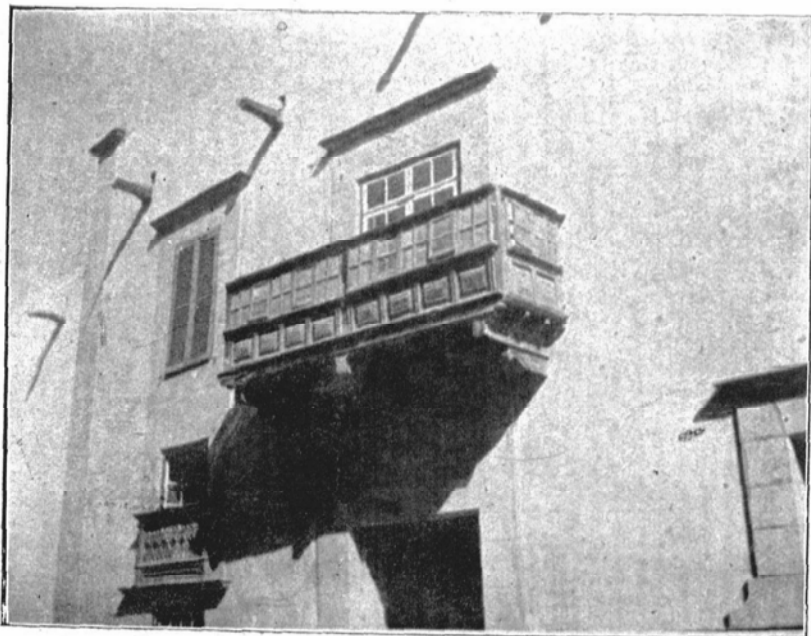
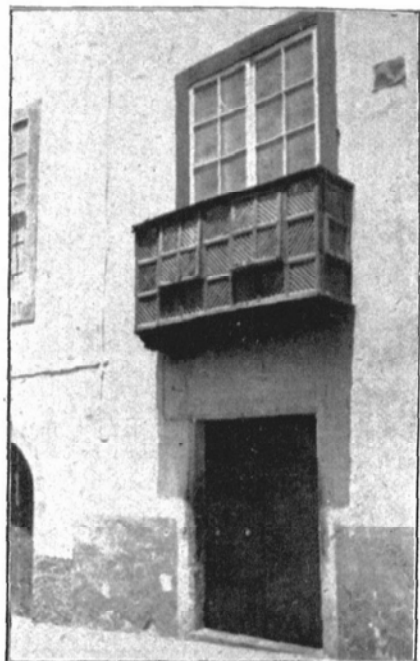
Lám. XII. Las Palmas de Gran Canaria (Vegueta). 1. - Portada de la antigua casa de Matos. 2. - Ventanas y balcón de la casa del Castillo. 3. - Antiguo edificio. (Fots. "El Museo Canario").



Lám. XIII. 1.-Las Palmas de Gran Canaria. Casa en el Barrio de Vegueta (Fot. Hdez. Gil). 2.-Arequipa. Edificio particular (Fot. prof. E. Marco Dorta).



Lám. XIV. 1.-Arequipa. Puerta blasonada y 2.-Fachada de una casa.
(Fots. prof. E. Marco Dorta).



Lám. XV. Las Palmas de Gran Canaria. 1, 2, y 3.—Diferentes portadas y balcones en el Barrio de Vegueta. (Fots. "El Museo Canario").



Lám. XVI. 1. - Torres de la Catedral de Tenerife. 2. - Orotava, Cúpula de la Concepción. 3. - La Catedral de México.



Lám. XVII. 1. - Pamplona. La Catedral. 2. - La Laguna. La Catedral.